

HABLA WILLOUGHBY



Ex secretario de prensa de Pinochet y actual asesor de Aylwin rompe su silencio y se refiere a:

- Su amistad con Armando Fernández Larios.
- La verdad de su rompimiento con Pinochet.
- El poder de Contreras al interior del Gobierno militar.
- Sus actuales funciones y su relación con Patricio Aylwin.

Con la reapertura del Caso Letelier, su nombre ha aparecido en los últimos días vinculado a otros que son de triste recuerdo para muchos chilenos. De pronto, es como si parte de su pasado volviera y las pasiones y rencores de antaño que despertó, cobraran vida nuevamente. Desde el mismo 11 de septiembre de 1973, cuando con voz segura dio a conocer al país las primeras órdenes que daban los militares que acababan de bombardear La Moneda, Federico Willoughby, quien además de periodista era dirigente de los agricultores y un enemigo acérrimo del Gobierno de Salvador Allende, se convirtió en el primer asesor de prensa de la Junta de Gobierno y un estrecho colaborador, hasta 1976, del general Augusto Pinochet. En esa fecha, aquejado de una gravísima enfermedad viajó a Estados Unidos y cuando regresó había cambiado. Primero, recuerda, hizo saber sus críticas en forma privada. Después rompió definitivamente y públicamente con quienes habían sido sus líderes y, sorprendiendo a muchos, se sumó a la Oposición. Fue dirigente de los independientes que llamaron a votar NO y candidato a diputado por la Concertación. El Presidente Aylwin lo llamó para ser uno de sus asesores y Willoughby volvió a La Moneda. Hasta ahora había permanecido en silencio, sin responder públicamente muchas de las incógnitas que rodean su persona. Quien romper su silencio con ANALISIS. En el estudio de su casa, donde se menciona la modernidad de un computador y un fax con el histórico escritorio en el que don Arturo Alessandri escribió la Constitución del 25 y presidió por las fotos de dos Presidentes: Jorge Alessandri y Patricio Aylwin, un Willoughby cordial, y sin poder que se mantenga en el «off de record» ninguna de sus respuestas, rompió su silencio.

-Hay quienes dicen que usted es como el camaleón «cambia de colores según la ocasión». ¿Qué coherencia existe entre el joven conservador y alessandrista, es asesor de la Junta de Gobierno, fundador de un partido nacionalista, con el actual asesor del Presidente del Gobierno de la Concertación?

-Partimos con la imagen de un animal que, para

poder subsistir y alimentarse. Dios lo hizo con la capacidad de aparecer externamente de una manera a otra y nos trasladamos a imágenes humanas. Habría que explicar que pertenezco a una familia cristiana, conservadora, donde se nos inculcó el desarrollo de los valores humanistas cristianos y el orgullo de un partido que dio origen a las leyes sociales y a la conciencia social por los desvalidos. Ese partido se terminó, yo fui secretario general de su juventud a los 17 años. Permaneci independiente hasta unos 20 años después en que fundé y presidi un movimiento que recogía el pensamiento portaliano y la tradición en torno a los estancqueros. Mi consecuencia está en los valores por los que he arriesgado mi vida y por ello no me importan las críticas. Están a prueba del temor y del dolor, del peligro de la ruina y de la maledicencia. Seis meses impedido de ver a mi familia cuando estaba hospitalizado en el extranjero me hicieron entender que era el exilio en 1976. Es una situación de cárcel, de confinamiento en el extranjero. Doce años sometido a la tortura que significa un cambio de sangre tres veces por semana me hicieron entender qué fue la tortura para quienes la sufrieron.

-¿Comenzó a sentirse culpable?

-Entendí el dolor que eso significó a muchas personas. Sentí la responsabilidad de la omisión, pero debo decir que, desde los primeros días después del 11 de septiembre de 1973 cuando tuve conocimiento que había violencia me preocupé que muchos de mis colegas no fueran muertos. Otros pudieron huir porque en algunos casos logré convencer al gobernante que no tenía sentido tomarlos detenidos. De todos modos, siempre creí que hice poco.

-¿Políticamente, qué es hoy día Federico Willoughby?

-Sigo siendo un hombre de derecha porque entiendo por derecha el humanismo cristiano dentro de una sociedad en la cual se privilegia el hombre dentro de un norte. Si hoy, por una emergencia, cada uno tuviera que meterse en un cubículo, yo sería un derechista verde y católico. Sigo admirando a Diego Portales que dejó una huella indeleble en la historia chilena. Siempre que la

historia se ha salido de ese cauce se ha provocado un quiebre. Fue lo que pasó el 73.

-Muchos dirigentes políticos, entre ellos el propio Presidente Aylwin, han reconocido que no hicieron todo lo posible para evitar ese quiebre. ¿Usted piensa lo mismo?

-En ese momento yo no era un dirigente político. Era cesante porque me habían despojado del campo que era mi fuente de trabajo. Era dirigente agrícola que trataba de defender a otros agricultores con el mismo problema y era un chileno más inmerso en una sociedad de odios y en crisis.

-También era una persona con cierta influencia que lo hacía incluso organizar reuniones entre militares para que deliberaran sobre la situación que se vivía. ¿Por qué adoptó ese camino?

-Si no se hubiera hecho eso se habría abierto quizás un frente de guerra donde habríamos tenido que lamentar muchas vidas.

-Pero el 11 de septiembre, el Presidente Allende tenía pensado convocar a un plebiscito.

-Eso no lo sabía. Las cosas que van a suceder en un día son el resultado de un proceso. El país se descarriló por una sucesión de promesas incumplidas y de aspiraciones que se fueron introduciendo en la sociedad. Este país tuvo orientaciones de derecha, centro, izquierda, marxista, de revolución en libertad que finalmente hicieron que el país se saliera de su riel. Salvador Allende hizo el brindis final de una crisis institucional mucho más larga. No es el agente causal, sino que en él se catalizó trágicamente una crisis mucho más larga y profunda.

-¿Entonces cree que el Golpe Militar fue algo inevitable, no había otra salida?

-Creo que sí. Obedeció a una dinámica histórica. La fuerza de gravedad llevó al país a esa crisis, como creo que esta misma fuerza lo devolvió a la democracia. Esta es como un río y el país se salió de su cauce, pero lo recuperó. Nadie, ni todo el armamento, ni la capacidad bélica en Chile podría haber detenido la decisión del NO. Chile volvió a su cauce.

-¿También eran inevitables los dramáticos he-

chos que ocurrieron y que significaron pérdidas de vidas humanas, atropellos, dolor?

-Había dos tipos de hechos. Unos conformaban la formalidad del gobierno, que era donde yo trabajaba. Allí habían cuatro actores que no eran interlocutores entre ellos, de manera que yo cumplí la labor técnica de ser vocero de cuatro personas que no podían hablar entre sí.

-¿Se está refiriendo a la Junta de Gobierno?

-Sí. El hacer gobierno, lograr la publicación de los decretos, el restablecimiento de las relaciones diplomáticas, el gobierno interior, eran tareas difíciles. Pero había otra parte que fue fuertemente, como lo hicieron todos los chilenos, propia de todo gobierno totalitario: los crímenes, abusos.

-¿Me quiere decir que no sabía lo que ocurría?

-Sí, había mucha gente que acudía a mí pidiéndome ayuda, pero yo lo atribuía a excesos de funcionarios o autoridades de niveles inferiores.

-Sin embargo, ya en 1974 hubo altos funcionarios del Gobierno, entre ellos el Ministro del Interior, general Bonilla que tenía discrepancias por la forma en que se manejaba la DINA.

-Esa era discusión ajena a mi función. Yo tenía bastante y era un trabajo extenuante y absorbente lograr poner de acuerdo a los miembros de la Junta en cuanto a la expresión pública de sus políticas. Ellos no se conocían, las funciones estaban divididas, había un acuerdo inicial de sucesión cada dos años, pero esos son temas de la historia.

-El problema es que hasta ahora en la historia de Chile la figura que personifica toda esa etapa tiene aún una gravitación importante. ¿O no piensa lo mismo de la presencia del general Pinochet?

-Es un hecho que habla bien de la capacidad con que la Concertación y el Presidente de la República condujo al país. Por razones de responsabilidad de mis funciones no puedo referirme a las personas.

-Como ciudadano, ¿tampoco puede dar su opinión sobre el general Augusto Pinochet?

-Para mí él es hoy día un funcionario del Gobierno. Es Comandante en Jefe del Ejército, depende del Ministro de Defensa, está subordinado al Presidente de la República. Lo demás son cosas que escapan a los aspectos sobre los cuales puedo juzgar.

-¿Conoció estrechamente al general Contreras?

-Imposible no haberlo conocido.

-Había mucha gente del Gobierno que lo temía, ¿usted era uno de ellos?

-El no temerle a una persona que cuenta con los poderes que se le concedieron era y es una imprudencia. En el ejercicio de mis funciones tuve serias dificultades con ese organismo.

-¿Cuáles fueron esos problemas?

-Periodistas que trabajaban conmigo fueron detenidos, hubo violación de mis oficinas para sustraer credenciales de prensa, en una oportunidad se trató que la Secretaría de Prensa emitiera comunicados que no eran ciertos. Dificultades operacionales de las cuales nunca accedí, ni me sentí obligado a realizar algún acto que fuera contrario a mis principios. Junto con mi quebrantamiento de salud, el incremento del poder de la DINA fue una de las razones que me hizo sentir que mi posición moral era incompatible para seguir allí. Eso lo puse en el texto de la renuncia.

-¿Cuáles fueron los efectos internos en el Gobierno cuando explotó la bomba en Washington el 21 de septiembre de 1976?

-Yo me había retirado en enero. Un amigo conversó conmigo y me aseguró que él había sido engañado pues se le había enviado a cumplir una misión de observación de Orlando Letelier, sin darle a conocer el propósito que era cometer el crimen. El ahora está en Estados Unidos y declaró ante la justicia de ese país.

-¿Se refiere a Armando Fernández Larios?

-Efectivamente. Yo estaba sometido a un tratamiento médico y él vino a verme muy conmovido. Sintió que lo habían engañado, pero esto es materia del sumario y no es prudente ventilarlo.

-El Ejército considera a Fernández Larios un traidor y un desertor y los familiares de las víctimas no creen en su inocencia.

-Es una apreciación. Yo pienso que es un hombre muy leal con su institución. Es una persona formada en el ambiente militar. Su padre fue también oficial de las Fuerzas Armadas. Soy amigo suyo desde que él era teniente. Tenía 20 años y fue destinado a la seguridad mía y de mi familia. El me dice don Federico y mis hijos le dicen el «tío Armando». Para nosotros es una persona cercana. Vimos cómo se destruyó su juventud. Diez años antes yo traté que se levantara la petición de extradición basado en que no era lógico que un teniente tomara este tipo de decisiones, sino que cumplía órdenes emitidas por sus superiores. La fidelidad de él a su institución sólo la supera el respeto a la memoria de su padre que él siempre ha deseado limpiar. Es como el leit-motiv de su vida.

-¿Por qué el no se acercó a la justicia o a la Iglesia para dar a conocer su verdad?

-El pagó una condena social muy terrible. Salía con una niña y cuando ésta se lo presentaba a su padre, éste le decía: «usted es un criminal. Váyase de mi casa». Iba



a comprar algo que necesitaba, hacía un cheque y el cajero le decía: «Usted es un asesino. Váyase de aquí». En su institución no tenía puestos. Lo seguían ascendiendo, le pagaban sueldo, pero no podía entrar a los cuarteles. Y eso en una persona de 20 a 30 años es una desgracia. La sociedad civil lo considera un asesino y sus pares lo dejan al margen. Sólo le paga, pero no puede andar de uniforme. Tenía prohibición de defenderse, no podía hacer declaraciones públicas y, en el último tiempo, tenía la firme convicción de que sería asesinado. Incluso cerca de su casa, fueron ametrallados unos detectives que se encontraban de guardia. Por eso tomó la decisión lógica de renunciar al Ejército. Yo no creo imposible que ahora enfrente a estas personas que lo insultan a distancia y presta colaboración a la justicia... si es que ya no lo hizo.

-El brigadier Pedro Espinoza, el coronel (R) Labbé, entre otros aseguran que fue usted quien lo sacó a Estados Unidos, o al menos lo aconsejó.

-Yo presté declaración ante el juez y esto es parte del

sumario, por tanto no me puedo pronunciar. Sin embargo, quiero referirme a los dichos de ciertas personas. En el caso de Cristián Labbé, en el campo decimos «el mandado es disculpado». Sus dichos explican en forma explícita por qué no ascendió a general. Uno de los requisitos para alcanzar este rango es tener criterio y valentía. En el caso del brigadier Espinoza, lamentablemente es un oficial en servicio activo que debiera ser más cuidadoso. Dos personas no son el Ejército. Esta es una institución respetable con pasado glorioso. Como todas las instituciones de la República ha tenido momentos de crisis y debemos esperar que en el futuro logremos todos los chilenos, civiles y uniformados, una relación constructiva. No hacen verano los comensales de un reo o de un subalterno.

-¿Pero por qué se vincula tanto su nombre al de Fernández Larios?

-Esa es una de las razones por las que hoy estoy conversando con ANALISIS. Yo me impuesto desde hace tiempo un estilo de silencio que creo conveniente ya que no debemos ahondar las heridas. Quien cumple funciones públicas debe ser cauteloso para no estar en la contingencia. Pero soy experto en comunicaciones y percibo que hay una campaña de hostigamiento que puede ser dirigida hacia mí o hacia algún familiar. Esta es una técnica de comunicación, usada en la Guerra Fría que se llama hostigamiento con el efecto de deformación de carácter. Si yo guardara silencio podría

lograr deformar la percepción que la gente tiene de mí, o también se podría creer que estoy amedrentado o comprometido. Yo no puedo, con mi ejemplo, inculcar a las personas de bien. Antes del plebiscito dije que había participado en el 11 de septiembre, pero que había votado NO, porque eso permitiría una elección libre y ayudé a que mucha gente tomara una actitud semejante. Hoy considero imperativo que mi pensamiento se sepa. Yo he acudido a los tribunales de justicia para prestar los testimonios que se me

han solicitado. La honra de nadie está disponible para estos burros flautistas que de pronto aparecen diciendo frases coherentes porque sus patrones lo mandan. Ni antes ni ahora he temido a los matones intelectuales.

-Por sus vinculaciones, usted conoció de manera cercana a muchos miembros del ejército. ¿Cómo explica el poder que llegó a tener el general (R) Contreras?

-Son procesos que ocurren en situaciones donde el orden de las autoridades se altera. Generan espontáneos, personas que demuestran tener un talento determinado para determinadas cosas. Robespierre, puritano que sólo tomaba leche, se convirtió en uno de los personajes más crueles que recorde la historia. En este tipo de situaciones surgen personajes que se acomodan a los que mandan y terminan lamentablemente en forma trágica.

-¿Qué influencia pueden tener estos personajes al interior de una institución como el Ejército?

-El Ejército, en la perspectiva del siglo XXI, busca

engarzarse en la democracia, preservar su identidad profesional. Yo confío en la juventud militar, pero no se puede en una institución de esa naturaleza tirar una línea que señale que quienes están a un lado son criminales, asesinos o cómplices y los otros son inocentes y profesionales santos. Ni siquiera entre los civiles podemos hacerlo. Es prioritario no evolucionar con el pasado y mirar hacia adelante, a los ojos.

¿Usted ha podido mirar francamente a los ojos a quienes, hace 17 años, consideró sus enemigos?

—Senti con mucho dramatismo y mucha verdad la misa que este 11 de Septiembre, se hizo en La Moneda. Yo estuve junto a Hortensia Bussi e Isabel Allende, gente que ha sufrido mucho. Abrazamos bajo el alero de Dios, lloramos juntos, es lo sano y lo que debemos hacer. Así nos podemos mirar a los ojos.

¿Cree que también pueden hacerlo aquellos que tienen antecedentes que aún no entregan y que ayudaron a encontrar la verdad?

—Eso está sucediendo. En Ailue está el padre Jordá que recibió el testimonio en confesión de los ejecutores del sacerdote Juan Ailue, que era su amigo y fue autorizado para emprender las acciones legales. En Antofagasta ha sucedido otro caso similar. En los grupos que son colectivos, cuando una oveja salta la barra es muy fácil que los demás no la sigan.

¿Por qué sólo dio razones de salud cuando se retiró de sus funciones en 1976? ¿No se atrevió a correr riesgos?

—Yo asumí que en 1976 hacer pública mi posición crítica era una traición. Dije que por razones de incompatibilidad espiritual yo me retiraba de mis funciones. Estimé que habría sido una actitud despreciable dar a conocer mis enfrentamientos con la policía secreta y guarecerme en la Oposición. En ese momento aún tenía acceso para hacer ver, a la máxima autoridad del país, problemas que otros no podían.

¿Quiere decir que Pinochet lo escuchaba?

—Hice esta labor hasta que se produjo una desvinculación total a raíz del hecho que yo le planté que era inconveniente e impracticable, que postulara como candidato al plebiscito.

¿Por ese motivo lanzó su nombre como posible candidato de la Junta de Gobierno para las elecciones del 89?

—Sí, fue un último intento después de haber sabido directamente por él de su firme propósito de mantener el poder mientras viviera. Yo sabía que con mi proposición a la Junta podía abrir un pequeño espacio de convergencia en su interior para nombrar a otra persona



que fuera más consensual.

¿Existía realmente esa posibilidad?

—Existía.

¿Ese fue el minuto en que cortó definitivamente sus lazos con el Régimen militar?

—Me sentí traicionado. De muy buena fe traté de buscar una solución política de entendimiento y no de confrontación. No sólo no se me escuchó sino que se inició una persecución que incluyó el intento del crimen. Tal fue el tamaño de esa traición que los oficiales que cumplían tareas en el gobierno interior fueron instruidos, mediante una circular confidencial que, si hablaba en público para formar un movimiento, ellos debían entregarme a la justicia y denunciar que era por quebrantar el receso político.

¿Cuándo ocurrió eso?

—Antes de 1986. Yo le había planteado mis ideas directamente al general Pinochet. Fui hostigado en el trabajo, igual mis familiares. Varias empresas que

asesoraba recibían presiones de tipo tributario para que no continuaran con mis labores. De repente me hacían unas encerronas en la calle donde me amenazaban desde dos autos. Cuando me vi colgando en un precipicio y a segundos de ser asesinado me di cuenta que la cosa iba en serio.

¿Quién fue el autor de este atentado?

—Una persona que perteneció a un servicio de seguridad y a quien no vale la pena recordar. Cuando él fue detenido me desistí del proceso y lo perdoné, ya que obtuve la reparación judicial. El odio está fuera de mí, la justicia es necesaria para la salud del país y se logró. Nosotros vivíamos en un clima de guerra. Acordémosnos de la frase «estamos en guerra señores». Entonces, todo el que no pensaba igual era enemigo. No había diferencia entre Buschman o Willoughby. Yo planté lealmente una solución y no sólo se me dijo que no, sino que se iniciaron acciones bélicas.

¿No sintió temor, o pensó abandonar el país?

—No, aunque esos mensajes me llegaban a través de personeros oficiosos. Por un imperativo de conciencia sentí que debía ganarme un espacio que les permitiera a otros no tener miedo. Ellos querían que yo dijera que estaba derrotado, que pedía perdón. Irme habría sido traicionar mi manera de ser. Si hoy estoy en el Gobierno y trabajo por su éxito es porque estoy dando testimonio de lo que creo.

¿Muchas personas se sorprendieron con su nombramiento, ¿por qué cree que sucedió?

—Fui llamado por el ministro Enrique Correa para colaborar con el Presidente. Fui dirigente de la Concertación y trabajé como independiente en la campaña, pero es el Presidente quien decide la proximidad o cercanía de sus asesores. Probablemente hubo algunas características mías que lo motivaron para hacer esta elección, de la cual me siento muy honrado.

¿Cuál es su función específica? Se lo pregunto porque hasta hoy existe mucha gente que no sabe qué «hace Willoughby en La Moneda».

—Yo no soy un funcionario ejecutivo, soy asesor. Doy ideas que pueden ser o no tomadas. Hago diagnósticos, apreciaciones de tipo técnico que no forman parte de la acción ejecutiva, sino cumpla las instrucciones del Presidente. Genero documentos que son de mi especialidad en imagen desde el punto de vista sociológico-científico y colaboro en el sentido de hacer análisis que prevean hechos que pudieran afectar la marcha del Gobierno.

El 11 de marzo de 1990 usted volvió a La Moneda. Lo hizo junto a funcionarios socialistas que tuvieron que salir, entre medio del bombardeo del 11 de septiembre de 1973. ¿Qué pasó entre ustedes?

—Para mí no fue difícil porque yo llevaba diez años en la calle, dando la cara, denunciando los excesos del Régimen militar. No sé qué sintieron los demás, pero siempre noté un respeto hacia mi persona. Nunca he sentido que esto se deba porque soy asesor del Presidente. Hay una relación fluida, profesional y cariñosa. Somos un equipo y por ahí el enemigo no meterá su cola para tratar de dividirnos.

¿Usted cree en la renovación de sus antiguos enemigos, los socialistas?

—Sí no lo creyera, tampoco sería un convencido de mi propio proceso. Cuando yo veo cuadrarse firme frente al Presidente Aylwin a quien dijo hace algún tiempo que en este país no se movía una hoja sin que él lo supiera, o lo sucesos en la Unión Soviética, es un signo de los tiempos. Puede que algunos seamos más abiertos y otros más ciegos. Mirando hacia el mañana debemos avanzar para construir un país donde se cicatricen las heridas y podamos crecer con equidad y sin temor a mirarnos de frente.

MARIA EUGENIA CAMUS

ALESSANDRI, FREI, ALLENDE Y AYLWIN

¿Usted es una persona que de una forma u otra ha estado cerca de los últimos cuatro presidentes elegidos democráticamente. ¿Cómo los describiría?

—Don Jorge forma parte de mi inventario sentimental de joven. Aprendí mucho de él. Me dijo que, «mientras más alto es el poder, más grandes son las pasiones que se mueven en tormenta él». No lo he olvidado. El supo trascender de su persona, su vocación de servicio público. También conocí al Presidente Frei. Levantó el estándar de vida de nuestra clase media chilena y logró introducir en la sociedad chilena una conciencia social a través de beneficios concretos. Salvador Allende fue la víctima del proceso. Por su formación de médico se hizo un diagnóstico de la vida chilena al socialismo y no tuvo los elementos para tratarlo en forma efectiva. Su sacrificio será reconocido en la historia como un acto de coraje.

«Veo en el Presidente Aylwin a un gran estadista que se ha ido imbuyendo cada vez más en su responsabilidad histórica. Así como en el mundo surgen ciertos personajes, también hay coyunturas en la cual se reflejan virtudes que son buenas para los países que se encarnan en determinadas personas. Y este es un caso. Muchos chilenos que estuvieron con él quisieron con el criterio del mal menor, hoy están convencidos que obraron muy bien al elegirlo. Por otro lado hay personas que se lamentan no haberle dado su voto. Los chilenos lo percibimos como un gobernante moderno, justo y bondadoso. El tiene una especie de alquimia donde dosifica muy bien una prudencia activa y un coraje que no tiene límites».